

# EL ULTIMO DIA DE POLONIA.

DRAMA HISTÓRICO, ORIGINAL, EN CUATRO ACTOS I OCHO CUADROS.

(Conclusion.)

## ACTO IV.

CUADRO SÉPTIMO.

**¡ADIOS POLONIA!...**

Una selva en las inmediaciones de Macejowice.

### ESCENA I.

MARÍA, MARGARITA, HUBERTO.

*(Aparecen en el fondo del bosque. Huberto, con la vista vendada i apoyado en un baston, camina con pasos vacilantes.)*

MARG. Por aquí, padre mio, apoyaos en mi brazo i caminad sin temor.

HUBER. Detengámonos un momento. Procurad orientaros del sitio donde nos encontramos.

MARÍA. Parece que ya hemos atravesado la parte mas espesa de la selva; aquí el camino se hace mas fácil.

HUBER. I tú, Margarita ¿no has visto a nadie, no has divisado alguna choza, algo que nos indique que pronto encontraremos un techo amigo donde poder descansar?

MARG. Nada, padre mio: solo he visto pasar, cerca de nosotros,

algunos animales que huían espantados por el estampido del cañon que, desde que concluyó la noche, un solo instante no ha cesado de resonar.

HUBER. ¿Nada mas has visto?

MARG. Tambien algunas avecillas que, asustadas, corrian a guarecerse en sus nidos i otras que, volando, pasaban sobre nuestras cabezas i luego se perdian en los aires. ¿Sabeis, padre, que he envidiado a esas avecillas?

HUBER. ¡Tú, hija mia! . . . I ¿por qué?

MARG. Porque ellas eran libres, nada podia detener su rápido vuelo; por eso quizás entonaban dulces trinos i melodiosos cantares.

HUBER. Sí, pero, sus cantares eran fúnebres i tristes. ¿No lo has notado? . . .

MARG. ¡Ah! decis bien, padre mio. Mas de una vez, miénnos internábamos en la espesura, creí oír un lamento, pero, un lamento tan tierno i tan dolorido que, sin poderlo evitar, las lágrimas se agolparon a mis ojos. ¿Sabeis por qué, padre mio?

HUBER. ¡Margarita!

MARG. Porque creia que esas avecillas quizás lloraban como he llorado yo, porque alguna mano cruel, como a mí, tambien les habria arrebatado la prenda de su amor. (*Llora.*)

HUBER. (*Abrazándola.*) ¡Hija mia!

MARÍA. (*Dándole un beso.*) Margarita, Edgardo volverá, no tengas duda. En medio del combate, Dios lo ha de proteger. Pero ¿qué tienes, Huberto? ¡Tú tambien lloras!

HUBER. ¡Yo, yo! . . . ¿Lo crees? . . . Te engañas, María. (*Aparte.*) ¡Ya no puedo mas sufrir!

MARÍA. Pero, tus labios están trémulos, tu pecho oprimido.

HUBER. Te digo que te engañas. Es que este vendaje . . . (*Aparte.*) Yo voi a volverme loco.

MARÍA. ¿Te incomoda mucho? . . . Deja que te lo arregle; quizás esté mui apretado. Inclínate un poco.

HUBER. Eso nada me aliviaria i, ademas, (*Haciendo que se acomoda el vendaje.*) ya lo he puesto bien.

MARG. (*Mirándolo fijamente.*) ¡Padre, padre!

HUBER. ¿Qué sucede?

MARG. Teneis sangre en el rostro. (*Enjugándole el rostro con un pañuelo.*) ¿Mucho sufris, padre mio?

HUBER. (*Dándole un beso en la frente.*) Eres un ángel.

MARG. Me desespera no poder prestaros algun alivio. Pero, decidme ¿por qué os han puesto en este estado? . . . ¿Qué habeis hecho, vos, que sois tan bueno? . . .

HUBER. ¡Pobre niña! ¿Qué he hecho? . . . ¡Ah! tú no lo podrás comprender. Los hombres son mui malos, hija mia; ellos, muchas veces, por satisfacer una loca i vana codicia, por correr tras un vil interes o por saciar una pasion, se olvidan de todo, hasta de Dios. ¿Qué extraño es entónces que bañen sus manos con la san-

gre inocente, si una vez sacrificada la víctima, ella ha de ser uno de los peldaños del escalon que les servirá para subir i luego alcanzar lo que ambicionan? (*Se oyen algunos cañonazos lejanos.*)

MARÍA. MARG. ¡Ah!

MARÍA. ¡De nuevo ese funesto estampido!

MARG. ¡I Edgardo, mi pobre Edgardo!...

HUBER. Creo debemos seguir nuestro camino.

MARÍA. ¿Acaso no estamos ya completamente a salvo?

HUBER. Nó, Maria i mucho temo que nuestros enemigos....

MARÍA. ¡Nuestros enemigos!... I ¡qué! ¿acaso el ejército de Kosciusko?...

HUBER. A estas horas el ejército de Kosciusko ya habrá sido aniquilado. ¿No sentís lo lúgubre de esa espantosa soledad que nos rodea? ¿No experimentais algo en vuestro sér que os anuncia que alguna gran desgracia nos espera?...

MARÍA. Deliras, Huberto, deliras. Las tropas de Kosciusko eran valientes i resueltas.

HUBER. Mas ¿de que sirve el valor contra un enemigo diez veces superior?... Estrechados i oprimidos, como entre anillos de hierro, los mas valientes al fin caerán tambien. Hace pocos instantes reinaba un silencio de muerte.... (*Cañonazos lejanos.*)

MARÍA. Sí.

HUBER. Ahora, de nuevo, vuelve a tronar el cañon...

MARÍA. ¿I bien?

HUBER. Eso quiere decir que ya todo está terminado; eso quiere decir que se acaba de extinguir la última esperanza de Polonia.

MARÍA. Me espantas, Huberto.

HUBER. Hasta ayer, cuando abandoné el campamento, Souwarow acababa de unir sus tropas a la division de Denizoff i ya se tenian noticias de que, al anochecer, llegaria el tercer cuerpo de Ferzen.

MARÍA. La horrible tempestad de anoche habrá impedido esta union.

HUBER. Quiera el cielo que ella no haya redundado en perjuicio de los nuestros. Las tropas de Kosciusko debian unirse a los rejimientos mandados por Poninski i Dombrowski; la caballería mandada por Madalinski debia atravesar el Vístula. Ya podrás calcular si la tormenta nos habrá sido funesta.

MARÍA. Si es así, creo debemos apresurarnos a abandonar estos sitios.

MARG. I ¿a dónde debemos ir?

HUBER. A donde Dios nos guie. Este bosque está mui inmediato a Macejowice. Es ahí donde debe haber tenido lugar el combate, pues, es hácia ese lado donde, al amanecer, hemos oido resonar un tenaz clamoreo, tambores i cornetas e incesantes descargas que hacian estremecer la selva entera. La refriega debe

haber sido reñidísima i, a juzgar por el tiempo que ha trascurrido, los dispersos i fujitivos no tardarán en llegar.

MARÍA. Huyamos, entónces; salvémonos pronto.

HUBER. Sí, huyamos.

MARG. Pero ¿a dónde, a dónde dirijiremos nuestros pasos?

HUBER. A la frontera.

MARG. ¡A la frontera!

HUBER. Debemos abandonar la Polonia. Ya no tenemos patria ni hogar, solo nos queda el destierro.

MARÍA. Iremos al extranjero a mendigar nuestro pan. Comeremos el negro pan del proscrito que humedeceremos con nuestras lágrimas.

HUBER. Esos sufrimientos i los sinsabores i penas que a nosotros nos esperan, será tambien la comun herencia de todos los que llevan el nombre de polacos. Mas, confiemos en la Providencia; puede que algun dia esa sangre derramada, esos sacrificios i este martirio, pesen a nuestro favor en la balanza de la justicia divina.

MARG. Padre mio ¿entónces, al instante, nos es forzoso partir?

HUBER. Sí, hija mia.

MARG. I ¿ni siquiera tendré el consuelo de ver por última vez a Edgardo?

HUBER. I Edgardo ¿sabes tú donde se encuentra?

MARG. ¡Qué!... ¿acaso temeis?...

MARÍA. Nó, Margarita, él vive; él nos buscará i vendrá a reunirse con nosotros.

HUBER. (*Andando algunos pasos hácia el foro.*) ¡Adios, patria, patria querida!... ¡adios Polonia!...

MARG. (*Sollozando i siguiendo a su padre.*) ¡Edgardo mio! (*Cañonazos lejanos.*)

MARÍA. Ten ánimo, Margarita, ten ánimo.

MARG. (*Sollozando.*) ¡Partir sin despedirme de él!... ¡Partir sin llevar siquiera la esperanza de que luego lo he de ver!...

MARÍA. No llores, pobre hija mia. Alza los ojos al cielo, es ahí donde debemos poner toda nuestra confianza.

HUBER. (*Aparte.*) Sus lágrimas me queman el alma. (*A María.*) Partamos, María, partamos de una vez.

MARÍA. (*Dirijiéndose hacia la derecha.*) Sigamos este sendero, es mas tortuoso pero desconocido.

HUBER. ¡Cuánto acíbar i cuanta hiel se encierra en esta cáliz que me habeis dado a apurar hasta las heces, Señor!... ¡María, Margarita, patria querida!... (*Reprimiendo los sollozos.*) ¡Oh! ya no puedo mas, las fuerzas me abandonan, mi ánimo decae, el corazon vacila... ¡Dadme valor, Dios mio! (*Desaparecen entre los árboles.*)

CUADRO OCTAVO.

MACEJOWICE.

Una parte del campo de Macejowice.—Se ve un cañon volcado, armas, algunos soldados muertos, etc.

ESCENA II.

EDGARDO, KOSCIUSKO (*Herido.*)

EDGAR. (*De rodillas i procurando alzar a Kosciusko que está tendido en el suelo.*) Amigo mio, vuelve en tí; soi yo quien te habla; yo, tu amigo Edgardo... ¡Nada! no contesta... ¡Dios mio, Dios mio! ¿qué hacer? (*Poniéndole la mano en el pecho.*) Su corazon late. (*Con alegría.*) ¡El vive! (*Llamándolo.*) Tadeo, mírame, dime si me oyes; responde, por piedad, responde.

KOSCIUS. (*Delirando.*) ¡A la bayoneta, mis valientes, a la bayoneta!

EDGAR. (*Sosteniéndole la cabeza.*) La fiebre lo devora. (*Llamándolo.*) ¡Tadeo! ¡Tadeo!... (*Mirando en su alrededor.*) ¡I nadie a quien volver los ojos; nadie a quien pedir siquiera un poco de agua para lavar sus heridas.

KOSCIUS. Ya retroceden los escuadrones de Ferzen. ¡Adelante! amigos mios; la victoria es nuestra.

EDGAR. Procuraré, al ménos, estancar la sangre de esta herida. (*Rompe un pañuelo i le ata la frente.*)

KOSCIUS. (*Siempre delirando.*) ¡I, ahora ¡a escape la caballería!... ¡Bravo, Madalinski! eso es ¡fuerte sobre el enemigo!

EDGAR. (*Desabotonándole la casaca i registrándole el pecho.*) ¡Dios, si está cubierto de heridas!

KOSCIUS. ¡I mi buen Dombrowski con una brillante carga por la retaguardia... ¡Ya está! las líneas rusas se deshacen como las nubes al soplo del huracan... Todavía otra descarga, i otra, i otra... ¡Dombrowski acaba de conquistar las charreteras de coronel!

EDGAR. Tadeo, amigo mio, vuelve en tí.

KOSCIUS. (*Medio incorporándose.*) Pero ¿i aquel nuevo refuerzo que llega por el lado de Orune?... (*Sombrío.*) ¡Ah! son las tropas de Denizoff... ¡I, por la izquierda, aparecen nuevas e interminables columnas de cosacos... (*Lleno de desesperacion.*) ¡I Poninski, Poninski que no llega!

EDGAR. Cálmate, Tadeo, cálmate: es tu imaginacion la que te pinta esas cosas.

KOSCIUS. (*Con desaliento.*) Un lúgubre grito retiembla en los espacios... ¡Todo está perdido!... (*Imponente.*) ¡A la carga! mis heróicos escuadrones de Raslawice ¡salvad nuestro estandarte!

EDGAR. Pero, Tadeo, por Dios, piensa un momento; si estás aquí, herido i casi sin vida al lado de ese mismo estandarte.

KOSCIUS. (*Ansioso, delirante i fuera de sí.*) Ya se lanzan mis soldados. . . . ¡Adelante, muchachos! ¡Fuego! ¡Ahora, la artillería. . . . ¡Eso es, bien dirigido! . . . Ferzen ataca por la retaguardia. . . . ; la caballería se desbanda. . . . Cargad de nuevo. ¡A la bayoneta! . . . ¡Oh, qué horrible! ¡qué horrible! . . . ¡Valor! Un último esfuerzo, amigos míos, un último empuje. ¡Animo! . . . (*Cayendo desfallecido.*) Por fin, ya puedo morir contento; ya tengo en mis manos el estandarte de la desdichada Polonia.

EDGAR. (*Alzando del suelo el estandarte i presentándoselo.*) Sí, Kosciusko, aquí tienes los heróicos restos de nuestro viejo estandarte.

KOSCIUS. (*Alzándose de rodillas sostenido por Edgardo.*) ¡Oh! sí, lo reconozco. (*Alzándolo i besándolo.*) ¡Salud! bendito estandarte, compañero inseparable de mis combates i de mis glorias. . . . ¡Salud! insignia querida, legado precioso de nuestros antepasados. . . . ¡Salud! augusto emblema de la patria mia. . . . (*Se oye un cañonazo.*)

EDGAR. (*Inquieto mirando a todas partes.*) Tadeo, es preciso huir. Dime si aun te quedan algunas fuerzas: yo te llevaré sobre mis hombros. (*Otro cañonazo.*)

KOSCIUS. (*Volviendo en sí.*) Esos cañonazos. . . . ¡Qué! . . . ¿dónde estoy? . . . ¡Herido, i en mis manos el despedazado estandarte de Polonia! . . . ¡Ah! todo lo comprendo. (*Viendo a Edgardo.*) ¡Tú, Edgardo, aquí, solo, en medio de este desastre jeneral. . . .

EDGAR. Los soldados rusos avanzan recorriendo el campo de batalla. Hace mas de seis horas que estás ahí, loco, delirante, moribundo.

KOSCIUS. Entónces, todo es verdad: mis escuadrones destrozados, mis mejores oficiales muertos o prisioneros. ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me habeis conservado la vida?

EDGAR. Haced un esfuerzo, procurad ponerlos de pié; aun podemos salvarnos.

KOSCIUS. Es inútil, no puedo. Sálvate tú, Edgardo, i déjame morir al lado de mis desdichados compañeros.

EDGAR. Yo no me separo de tí.

KOSCIUS. Acuérdate que tienes un sagrado deber que cumplir. Has prometido, has jurado amparar a una familia perseguida.

EDGAR. ¡Margarita!

KOSCIUS. Sí, Margarita, tu esposa; Margarita que sola, errante, fujitiva, a estas horas, quizás no encontrará un techo donde abrigar a su pobre padre inválido i ciego.

EDGAR. ¡Dios eterno! . . . No sé, pero. . . yo no me separo de tí; quiero compartir tu suerte; quiero morir junto a tí.

KOSCIUS. Vete, te digo.

EDGAR. Nó.

KOSCIUS. Vete, yo, tu jeneral te lo ordeno.

EDGAR. Perdonad mi jeneral, pero, por esta vez, yo no os puedo obedecer. (*Enjugándose los ojos.*)

KOSCIUS. Déjame estrechar tu mano, amigo mio.... ¡Noble i jeneroso corazon!.... Pero ¿no ves, Edgardo, no ves que es un sacrificio inútil el que vas a hacer?.... Solo me restan algunos instantes de vida ¿qué importa, entónces, que caiga en poder de mis enemigos?.... Pero tú, tú necesitas vivir; has prometido amparar a una pobre niña indefensa i desdichada. Vete, te digo, Edgardo, déjame abandonado a mi fatal destino.

EDGAR. ¡Imposible! ¡imposible! Dios no me puede exigir que cumpla un juramento, por ahora, irrealizable. Tú vas a morir i ¿quieres que me aleje? Tú estás aquí solo, cubierto de heridas i rodeado de enemigos que te buscan para saciar su rabia feroz i ¿quieres que te abandone?.... (*Cañonazo.*)

KOSCIUS. Ya es tarde; mira, alguien se acerca.

EDGAR. (*Mirando hácia la izquierda.*) Repnin i su estado mayor avanzan en esta direccion.

KOSCIUS. ¡Repnin, dices, Repnin! ese mónstruo vomitado por el infierno.... ¡Oh! salvemos, al ménos, los últimos restos de nuestra querida bandera. (*Arrancándola del hasta i colocándola sobre su pecho desnudo.*) Aquí, sobre mi pecho, al lado del corazon, junto con la única reliquia que conservo de mi amor.

## ESCENA FINAL.

DICHOS, REPNIN, OFICIALES I SOLDADOS RUSOS.

REPNIN. (*Sabiendo por la izquierda.*) Si no me equivoco, aquel es el capitan Niemcewicz. Vuestra espada, capitan.

EDGAR. (*Tratando de cubrir a Kosciusko.*) ¿Mi espada? buscadla, si quereis, en medio de los cadáveres que cubren el campo de Macejowice.

REPNIN. Pero ¿cómo es que os encuentro aquí?.... Ya que las balas os han respetado, me parece habriais hecho mucho mejor en escapar. (*Viendo a Kosciusko que se incorpora.*) ¿Qué veo?... ¡Kosciusko!

KOSCIUS. ¡Os espanta mi presencia!.... No temais, estoi herido i casi moribundo.

REPNIN. ¡Vive el cielo, que hoi es completa mi fortuna!

KOSCIUS. ¡Polonia! ¡Polonia! los bandidos se enseñorean ya de tu suelo.

REPNIN. Anoche te lo dije que, hoi dia, tu patria seria borrada de la faz de las naciones.

KOSCIUS. Aun resiste Varsovia.

REPNIN. Esa ciudad no tardará en caer. Souwarow, al frente de cien mil hombres, como una avalancha se precipita contra sus

muros. Tadeo Kosciusko, hemos ganado la partida i tú estás en mi poder vivo i vencido.

KOSCIUS. Vanagloríate en hora buena de un triunfo que Ferzen solo debe al número de sus escuadrones. Por lo que respecta a mi vida, poco tiempo me parece alcanzarás a disfrutar de ella.

REPWIN. Creo que al ménos será lo suficiente para que llegues a probar cuanto pesa la mano de Repwin.

KOSCIUS. Tu rabia i tu cólera nunca llegarán a doblegar mi ánimo.

REPWIN. Allá veremos. Sois mi huésped i a mi me gusta tratar mui bien a los que me honran con su compañía. Os llevaré, pues, a ver nuevas tierras. Visitaremos las orillas del Neva. En aquellas dichosas riberas, no faltará algun castillo donde poder hospedaros. En ese castillo, bien puede encontrarse un calabozo lóbrego, estrecho, frio i, dentro de ese calabozo, a buen seguro, no faltará una cadena bastante pesada con que amarrar esas manos atrevidas i torturar ese cuerpo orgulloso i altanero.

KOSCIUS. Me rio de tus amenazas; ellas no serán nunca bastante para humillar ni abatir un corazon que la desgracia i el infortunio han hecho grande, Nicolas.

REPWIN. Pues, te juro que yo solo te he de humillar. Encerrado como una fiera i separado del trato i conversacion de los hombres, verás trascurrir los dias, los meses i los años. En vano clamarás a tus carceleros; los carceleros permanecerán mudos. Volverás entónces los ojos a la emperatriz; ella no te oirá. Suplicarás a Nicolas Repwin, i Repwin se reirá i burlará de tí. Invocarás entónces al mismo cielo; pero, el cielo no te escuchará. Miétras tanto, consumido por el hambre, la miseria i la desnudez, uno a uno, verás disiparse i caer tus locos ensueños i tus esperanzas de libertad, de una libertad que no llegará nunca. Las cadenas i los grillos, ni un solo instante, dejarán de estar pegados a tu cuerpo como la yedra a la dura piedra; el hierro corroerá i despedazará tus huesos, como la lima el acero; i cuando ya desesperado, expirante, exhausto, implorares clemencia i piedad, solo te contestará el tétrico silencio del sepulcro. (*Se oyen algunos cañonazos lejanos.*)

KOSCIUS. (*Incorporándose.*) ¡Dios! ¡ese sordo estruendo! ¡ese ronco estampido! . . . ¡esos cañonazos! . . . (*Cae.*)

REPWIN. (*Lleno de júbilo i con sonrisa feroz.*) Anuncian el fin de Polonia, anuncian que Souwarow está a las puertas de Varsovia i que ya comienza el bombardeo de esa ciudad en cuyos muros el estandarte ruso no tardará en tremolar.

KOSCIUS. (*Haciendo esfuerzos por levantarse.*) ¡Polonia! ¡Polonia! . . . ¡patria mia! . . . ¡Ea, polacos ¡a las armas! Corramos al auxilio de nuestros hermanos que perecen. Venid, agrupémonos en torno de nuestro estandarte querido, estrechémoslo entre nues-



tros brazos, hagámosle con nuestros pechos un muro impene-  
trable i de bronce. (*Vuelve a caer.*)

REPWIN. Oye el cañon que truena. El estandarte polaco ya no  
existe, está ya aniquilado. Las balas rusas acaban de barrer con  
los últimos jirones de esa sucia i aborrecida bandera.

KOSCIUS. (*Terrible.*) ¡Mónstruo que así te gozas en la ruina de  
esta infortunada nacion, yo te maldigo!

REPWIN. (*Aterrorizado.*) ¡Ah!

KOSCIUS. (*Alzándose majestuoso sostenido por Edgardo.*) Sí, es cier-  
to: ya no existe la Polonia, ya sucumbe la infeliz patria de Sobies-  
ki. . . . I son ellos ¡bárbaros! son ellos quienes la han aniquila-  
do. . . . Pero, hai un Dios justiciero. Algun dia llegará en que es-  
ta nacion resucite de sus cenizas. . . . Algun dia llegará en que la  
Polonia se alce de nuevo de su tumba, radiante i tremenda, para  
castigar a sus verdugos i romper, de una vez i para siempre, las  
cadenas de la esclavitud. (*Cae desvanecido.*)

CAE EL TELON.

Febrero de 1875.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

---

## PEDRO CRESPO.

---

(Continuacion.)

V.

DON LOPE DE FIGUEROA.

Don Lope de Figueroa, el viejo soldado de Flándes que acom-  
pañaba a Felipe II a Portugal, era uno de los militares mas an-  
tiguos del ejército español, respetado de todos por su valentía i  
estimado en mucho por el mismo monarca, que mas de una vez  
le habia encargado las comisiones mas delicadas.

Ya era viejo i su severa fisonomía daba miedo.

Estricto observador de la disciplina, no perdonaba a sus subal-

ternos la menor falta, i donde quiera que se presentaba, se acababa toda pendencia, se suspendia cualquiera conversacion; tal era el respeto que infundia.

Continuamente estaba regañando i de sus labios brotaban a torrentes los reniegos i juramentos mas terribles. Bien que, en verdad mal humor tan continuo era en gran parte producido por el malestar físico que sin tregua aquejaba al noble veterano. Combatiendo en Flándes habia recibido una profunda herida en una pierna, herida que nunca cerró i que lo mortificaba a todas horas.

Bajo tan ruda corteza don Lope encerraba un corazon nobilísimo. Era jeneroso i compasivo, amaba a sus soldados como un padre i se mostraba con las damas en extremo cortés. Tenia de la carrera militar la idea mas alta, i toda su aspiracion se reducía a unir su nombre a la memoria de hechos gloriosos.

Tal era el personaje que penetró de súbito en casa de Pedro Crespo, en el momento preciso en que éste i el capitan iban a venir a las manos.

—¿Qué es aquesto? gritó el jeneral. ¡Es posible que lo primero que he de hallar a mi llegada haya de ser una pendencia!—

El capitan callaba; el labrador miraba con asombro al recién venido.

—Hablad ¡vive Dios! continuó, que si pronto no hablais os juro que he de destruir esta casa i arrojar por los balcones a cuantos hai en ella, sin exceptuar a las mismas mujeres.—

Don Alvaro, todo confuso, refirió a su jeneral cómo habiéndole faltado al respeto un soldado, él lo habia seguido hasta aquel sitio, lo que habian llevado a mal los dueños de casa.

Al oír tal relacion, don Lope enfurecido ordenó se castigase a Rebolledo con todo el rigor de la ordenanza, i que para evitar lances desagradables, los soldados no recorriesen las calles ni se mezclasen en lo posible con los campesinos. Comprendiendo ademas que en el relato que acababa de hacerle don Alvaro habia algo mas de lo que se le decia, dispuso que éste mudase de alojamiento, quedándose él en la casa en calidad de huésped.

Hechas así las paces, don Lope i Crespo descendieron del desvan a las habitaciones del piso primero, i, una vez allí, el honrado labrador besó respetuosamente las manos de su inesperado protector, expresándole con toda la efusion de su alma, cuan agradecido le estaba por lo que en su favor acababa de hacer.

—Señor, decia Crespo, habeis llegado en ocasion de evitar mi ruina.

—¿Qué decis? preguntó el militar.

—Sí, mi ruina, señor; pues me apartaistes de perderme.

—¿I como habiais de perderos?

—Matando a quien pensaba injuriarme, atentando contra el honor de mi hija.

—¿I no sabiais que ese hombre era un capitan?

—Aunque fuera jeneral, mi noble señor.

—¡Cómo!

—Aunque lo fuera, en caso igual lo mataba.

—Pues a quien tocara en solo el pelo de la ropa al último de mis soldados ¡por Cristo! que al instante lo ahorcaba, replicó don Lope furioso.

—Pues si alguno se atreviera a un solo átomo de mi honra, por los cielos tambien os juro, señor, que no escaparia de mis manos.

—¿Ignorais que estais obligado a servir al rei, dando alojamiento a sus soldados?—

A esta pregunta Pedro Crespo sintió que el alma se le estremecía de coraje; sin embargo, reprimiéndose pudo contestar a don Lope con voz entera:

—Vos sabeis, señor, cuan sagrada es la honra i que Dios la reparte igualmente entre los nobles i los villanos. Todos de ella vivimos i con ella nacemos; es una herencia recibida de nuestros padres, que debemos trasmitirla intacta a nuestros hijos; el pobre honrado es un buen cristiano i un servidor fiel i abnegado de su rei: con la honra un pobre puede levantar alta la frente en todas las contrariedades de la vida i es el primer deber de un padre velar por que no la pierdan sus hijos ni sus hijas....—

Aquí don Lope hizo un movimiento de impaciencia.

—Perdonad, señor, si soi prolijo, continuó Pedro; me acabais de recordar mis deberes para con el rei i os voi a explicar cómo los entiendo, yo pobre i humilde villano, a la sola luz de la razon i de la conciencia.

El rei, que defiende a la patria i engrandece sus dominios, el soberano todopoderoso, en cuya monarquía nunca se pone el sol, tiene derecho a exigir de sus súbditos todos los sacrificios; a pedirles su sangre, su hacienda, todo, en suma, ménos una cosa.... ¿i sabeis lo que es eso? ¡El honor, el honor, joya inestimable, dote exelsa del alma que solo pertenece a Dios!—

La voz de Pedro Crespo hallaba un eco en el noble corazon del anciano soldado de Flándes, que arrebatado por la hidalguía del que poco ántes juzgaba un campesino vulgar, exclamó sin olvidar su tono altivo:

—¡Vive Cristo, anciano, que voi creyendo que teneis razon!

—¡Si la tengo, vive Cristo, porque siempre la he tenido! respondió el villano.

—Vengo cansado, interrumpió don Lope, i esta persona maldita que me dió el diablo ha menester reposo.

—¿I quién os dice que no descanséis? contestó socarronamente el labrador. Por fortuna, Satanás me ha dado tambien una cama que os está aguardando hace rato.

—¿I os la dió hecha Satanás?

—Talvez.

—Pues voi a deshacerla, contestó don Lope, siguiendo a Crespo, que lo guiaba a su habitacion.

VI.

LA CENA DE DON LOPE.

Miéntras don Lope duerme, el capitan don Alvaro de Ataide se siente doblemente ajitado por el pesar de ver ajada su vanidad ante unos pobres villanos i por la profunda impresion que hicieran en su alma la belleza i gracias de la modesta Isabel.

—¿Es posible, se dice, lo que me está pasando? ¡Yo enamorado de Isabel! ¡No me conozco! ¿Qué se hicieron el noble orgullo, la jenerosa altivez que han librado hasta hoi mi juventud de los excesos que manchan la vida de mis camaradas? ¡Pero Isabel es tan bella! ¡Qué hermosa estaba al suplicarme por el que creia próximo a morir a mis manos! ¡I qué discreta es!

No puede ser, continuaba; esa hermosura ha de ser mia o pereceré en la demanda. ¡Maldito don Lope que a tan mala hora llegaste!—

Lo que don Alvaro sentia no era el amor, era el vértigo del deseo, eran los embates de una pasion abrasadora e inextinguible, capaz de precipitarlo por la pendiente del crimen.

De la casa de Pedro Crespo se habia trasladado a la del ayuntamiento, donde se alojaban tambien Rebolledo i otros soldados, formando allí una especie de centro militar, o cuerpo de guardia, segun de antemano lo habia dispuesto don Lope de Figueroa.

Allí, solo con su pasion i dominado por el extraño vértigo de su repentino amor, ideaba unos tras otros planes que desechaba al punto por irrealizables.

Así pasó la noche i llegó la mañana sin que el sueño hubiera acudido a sus párpados.

Era imposible para él partir sin haber ablandado el corazon de la hermosa Isabel. I sin embargo, ¿cómo conseguirlo, viviendo el severo jeneral en la misma casa de Crespo?

En vano intentó ponerse al habla con la jóven, por medio de una de sus criadas. La niña no queria recibir recados suyos i la mensajera se excusaba ya formalmente de volver a llevarlos, temerosa de ser despedida. A la tarde no habia variado en nada su situacion, no hallando, pues, en consecuencia un solo medio de salir del laberinto en que por desgracia se hallaba metido.

Estaba el capitan meditando sobre lo que le pasaba, cuando apareció en la estancia el travieso Rebolledo, asomando la cabeza como quien pide licencia para entrar.

—Adelante, Rebolledo, dijo el capitan, ¿qué te trae?

—Vengo a pedirlos, señor, que dejeis por mi cuenta el juego del boliche de que tanto gustan los soldados de la compañía.

—Mucho pides.

—Poco vale comparado con el susto que tuve ayer al verme

condenado por el viejo, a dos tratos de cuerda, tratos a que no estoi acostumbrado.

—Pero yo te libré del castigo.

—Milagro fué que el viejo no lo hiciese ejecutar a su vista.

—Bien me lo temí.

—Mas lo temieron mis espaldas.

—Ya lo creo.

—¿I no vale eso lo poco que pido en recompensa?

—Bien, sea lo que quieres.

Iba Rebolledo a retirarse, cuando el capitán lo detuvo diciéndole:

—En esta jornada yo soi el que llevo la peor parte. Tú, a costa de un susto, has logrado un privilejio que no soñabas obtener. Yo quedo desairado ante esos labradores, i lo peor del caso, terriblemente enamorado de la villana.

—¿I nó deciais ha pocas horas que nunca os conmovieria una belleza de aldea?

—Calla, Rebolledo; ¡no habia visto a Isabel!

—¿Verdad que es bella?

—Como ninguna mujer.

—¿I discreta?

—Parece una dama de la corte.

—¿I qué pensais hacer?

—Morir de despecho.

—¿Mi capitán se atreve a decir eso?

—¿I qué puedo hacer?

—Enamorarla.

—¿I don Lope?

—¡Bah, don Lope! Cuando el viejo duerma le dais una serenata.

—Voi creyendo que tienes arbitrios para todo.

—No soi yo quien lo dice.

—¿I acudirá Isabel a la ventana?

—¡Quién lo duda!

—Parece honesta i recatada.

—Serálo con los villanos, talvez no con los hidalgos como vos.

—¡Quién sabe!

—Será vuestra, con poco que pongais de vuestra parte.

—¿I su padre?

—¡Dale con el padre!

—Parece alentado.

—Es vano i hueco como todo villano, pero debe de ser un cobarde.

—¿I el hermanito?

—A ese lo amarramos i le ponemos una mordaza si intenta hacer algo.

—Me animas.

—Dejadme hacer.

—¿A qué horas cenarán en este pueblo?

—A la hora en que las gallinas se recojen.

—I despues ¿qué hacen?

—Dormir hasta la alborada.

—Entónces . . . .

—A las nueve la música.

—Me parece bien.

—Convenido.

—Convenido.

Esto pasaba a las siete de la noche, miéntras en la casa de Pedro Crespo todos se afanaban por preparar a don Lope una magnífica cena.

Crespo era ostentoso, pero la calidad del huésped i su posición en el ejército hicieron que el aldeano, considerando mezquino su presupuesto, quisiese dar en vez de una cena de aldea un verdadero festin a su ilustre alojado.

Miéntras las gallinas de la casa huían aquí i allá despavoridas con el repentino ataque que se les daba, i las cacerolas chirriaban sobre el horno i se descolgaban de las paredes de la despensa magníficos trozos de cecina i salchichas para confeccionar los succulentos platos que debían servirse, don Lope dormía como un bienaventurado i Crespo con sus hijos acomodaban la mesa bajo un cenador del huerto, porque en la estación calurosa, las jentes de Zalamea prefieren para comer los jardines al fatigoso abrigo de las habitaciones techadas.

El cenador había sido adornado con guirnaldas i orlas de laurel, i se habían colgado en varias partes farolillos que derramaban en torno su luz fantástica i misteriosa.

La mesa resplandecía por la blancura i limpieza de los manteles i en toda su extensión estaba cubierta por numerosos platos llenos de exquisita fruta. En el centro, Isabel había colocado un magnífico ramo de flores.

No hai que decir nada del vino, porque el dueño de casa había hecho sacar lo mejor de su bodega, i los antiguos i sabrosos caldos convidaban a beber rústicamente encerrados en anchas jarras, cada una de las cuales hubiera bastado a contentar a tres aficionados. Allí no había lujo, pero sí abundancia de bebidas i manjares, que bien podían, valiéndonos de la expresión vulgar, excitar el apetito de un muerto.

Eran las ocho i media de la noche.

—Padre, dice Isabel, ya sería tiempo de despertar al huésped.

—Déjalo que duerma, responde el labrador; los militares tienen que hacer largas marchas i para eso se requiere fuerzas.

—Todo está en sazón, objeta la niña, i, talvez mas tarde el huésped hallaría recocidas las viandas.

—No tengas cuidado.

Así hablaban cuando resonó en las habitaciones la voz de don Lope que despertaba en ese instante, lanzando reniegos i queján-

dose como de costumbre de su pierna que no le permitia un largo reposo.

Sin embargo la siesta de la tarde habia sido bien larga.

Crespo avanzó a buscarlo, no tardando en trabarse entre ámbos viejos uno de esos diálogos orijinales en que tanto lucia el carácter del uno i del otro.

Primeramente Crespo le ofreció la cena, a lo que don Lope respondió mal humorado, acabando al fin por acceder a la invitacion de su huésped.

El labrador i el militar se entendian perfectamente. Colocados en la misma esfera habrian sido talvez enemigos irreconciliables, pero, jeneral el uno del poderoso Felipe II i labrador el otro, no podian sino hacer buenas migas i simpatizar desde el primer momento, pues ámbos tenian idénticas prendas i defectos idénticos.

Crespo i don Lope se dirijieron al cenador, donde éste último quedó agradablemente sorprendido del artístico arreglo de la mesa i del buen gusto que habia presidido a su ornato.

La noche anterior habia cenado en el hogar de la familia, donde tambien se le sirviera aquel dia la comida, teniendo en ámbas ocasiones algunas disputas con Crespo, concluyendo ámbos por quedar cada vez mas amigos.

—¡Hermoso cenador! dijo don Lope acercándose a la mesa.

—Los dias de agosto, respondió el huésped, no tienen mas recompensa que sus frescas i apacibles noches; pero, sentaos, señor, que la cena os aguarda i el viento que suena en las parras i el murmullo de esa fuentequilla deleitan suavemente el corazon. Por desgracia, no tengo mejor música que ofreceros, porque Zalamea no cuenta con mas cantores que las aves de sus campos, i como éstas no cantan de noche, no puedo forzarlas a que os regalen con sus trinos. Sentaos, pues, señor, i dad tregua a vuestras dolencias.

—¡Es imposible! mis heridas no me dejan descanso. ¡Válgame Dios!

—Válgaos, amen.

—¡Deme el cielo paciencia para tanto sufrir! I vos, Crespo ¿cómo estais de pié?

—Para serviros.

—Sentaos conmigo.

—Os obedezco, respondió Crespo sentándose.

—¿Sabeis Crespo que he reparado una cosa? A veces la ira debe enajenaros, segun entiendo.

—Nunca me arrebató a mí nada.

—Pues ¿cómo ayer, sin que nada os dijera, os sentasteis a la mesa, i eso en el asiento de honor?

—Porque no me invitasteis a sentarme, i solo gasto cortesía con quien la gasta conmigo.

—Ayer todo érais reniegos i votos, hoi todo urbanidad i comedimiento.

—Es mi sistema, señor don Lope, responder en el mismo tono con que se me habla, política discreta que nunca he olvidado. Juro con el que jura, rezo con el que reza i así hago compañía en todo. A propósito, ¿cuál es la pierna que os duele? porque pensando en ello anoche me desvelé i al amanecer me dolian entrambas.

—¿No tengo razon sobrada para quejarme, gritó amostazado don Lope, si van treinta años que lidiando en Flándes, expuesto al rigor de las estaciones, no he podido lograr que esta pierna endemoniada deje un solo rato de molestarme?

—Dios os dé paciencia, señor.

—I ¿para qué la quiero?

—Pues, entónces no os la dé.

—Nó, i que dos mil demonios carguen con ella i conmigo.

—Hágase como lo pedis.

—¡Jesus mil veces!

—El nos valga.

—Vive Cristo que no puedo tolerar tantos dolores.

—Dios, sabe lo que me pesa vuestra desgracia.—

En estos momentos, Juan i un criado entraban con las viandas, preparándose a servir al viejo militar, que encantado de su cortesía, no queria permitirlo.

—¿Por qué no vienen a servirme mis criados? preguntó a Crespo.

—En mi casa no os faltará quien os sirva. Todos estamos para eso.

—Ya que no dejais que mis criados me asistan, hacedme al ménos el favor de llamar a vuestra hija a cenar con nosotros. Mi enfermedad i mis canas alejan de mí toda sospecha....

—¡Oh! señor! Si todos los militares fueran tan delicados i cortes como vos, mi hija acudiría la primera a servirlos. Juan, continuó dirijiéndose al jóven, llama a tu hermana.

Pocos momentos despues aparecia Isabel toda ruborizada del honor que la dispensaba el viejo caballero. Rehusaba sentarse, pero el jeneral la colocó a su lado, guardando con ella los mas finos miramientos.

Durante el dia don Lope habia podido hacerse cargo del deseo que tenia Juan de seguir la carrera de las armas.

—I ¿qué hacemos de este mozo? preguntó en el curso de la cena ¿no os parece Crespo que podriamos sacar de él un bravo soldado?

—¡Juan nos deja! exclamó Isabel suspirando.

—Si le dais licencia, yo ofrezco a vuestro hijo mi proteccion i el amor de un padre. Sois rico, teneis limpieza de sangre, sois honrado i querido de todos ¿qué os falta, pues, a vos? Dejad a este jóven que adquiriera la hidalguía, luchando bajo las bande-



ras de su rei ¡quién sabe si no lo destina el cielo para ser el orgullo de su padre i el primero de un ilustre linaje! El es valiente i ¡quién sabe! la guerra es crisol de los corazones i cuna de las noblezas.

—¿Dejareis, padre, que Juan nos abandone? interrumpió Isabel echando a don Lope una mirada dolorosa.

—Es noble, hija mia, su intento i en justicia no puedo oponerme. En verdad que lo lloro, porque al fin soi padre i el hijo que se va a la guerra, talvez no se halle a mi lado para cerrar mis ojos cuando el Señor quiera llamarme a sí. ¡Paciencia! ¿cómo ha de ser? Sigue Juan los estandartes católicos; procede como hombre honrado, i Dios i el rei harán lo demas.—

Isabel comenzó a sollozar.

—Calla, niña, la cosa no vale la pena; no hai motivo para llorar... ¡qué demonios! ¡Si no tenia remedio!...

Juan cayó de rodillas a los piés de su padre i besó la mano que éste le tendia, sofocando las lágrimas que pugnaban por desbordarse. Isabel abrazó a su hermano miéntras don Lope, vivamente enternecido, contemplaba esta conmovedora escena de familia.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Continuará.)

---

## DESCRIPCION JENERAL DEL UNIVERSO.

---

### I.

El espacio está poblado por un número incalculable de cuerpos esféricos llamados astros. Tales son las estrellas, los planetas i demas que vemos aparecer cada noche bajo la apariencia de puntos luminosos, para ocultarse a la venida del astro del dia.

Esos astros no se hallan diseminados al acaso por entre los vastos campos del empíreo. Todos ellos, al ménos cuantos alcanza a percibir nuestra vista, ya sea por su propia fuerza, ya auxiliada por poderosísimos instrumentos, forman un solo i gran sistema, el cual se subdivide en otros menores que jiran en maravillosa armonía sin traspasar los límites del sistema jeneral, ni embara-

zarse mutuamente en sus complicadas pero sabiamente ordenadas revoluciones.

Ese gran sistema es el que llamamos nebulosa de la Via Láctea. Atribúyesele el nombre de nebulosa por su notable analogía con otras aglomeraciones estelares diferentes, tanto o mas grandes que ella, pero, que por su inmenso alejamiento se nos presentan bajo apariencia de ligeras nubecillas que sujetas al exámen de un buen telescopio se descomponen en astros semejantes a los que descubre la simple vista.

¿Cuál es la forma de esta nebulosa en que los presuntuosos moradores de la tierra ocupan un lugar mucho mas humilde de lo que la mayor parte se imagina?

La hermosa Via Láctea, esa faja núbica, blanquecina i brillante, que se extiende en las celestes esferas como la corona de la creación nos lo va explicar. Tomad un cuerpo lenticular, trasparente, semejante a los vidrios de un anteojito de teatro, es decir aplastado, pero, de mayor espesor en el centro i adelgazando gradualmente hácia la circunferencia. ¿No es verdad, que si mirais en el sentido del diámetro o mayor lonjitud vuestra vista atravesará una extension mucho mayor i mayor cantidad de materia que en cualquiera otra?

Pues bien, la forma de nuestra nebulosa es mui semejante a la de un gigantesco lente circular; los astros que la forman están esparcidos por toda ella, en tal manera que producen un lente de esa naturaleza. Mirada segun la direccion de su mayor lonjitud, direccion que corresponde a la circunferencia de la Via Láctea, la vista encuentra mayor número de estrellas que en otra cualquiera; el número es tan grande i sus distancias de la tierra tan inmensas, agregándose a todo que el espacio que las encierra en el sentido de la latitud, es relativamente mui reducido, de manera que vienen a confundirse entre sí, formando esa faja núbica, llamada Via Láctea. En la cual, aunque nuestra vista no alcanza a distinguir ningun astro separado, se encierran dieziocho millones de estrellas.

Ochenta millones es el número total de estrellas comprendidas en nuestra nebulosa. Pero, ese número representa únicamente los elementos primarios que entran en su composicion, pues, todas o por lo ménos la mayor parte tienen bajo su inmediata dependencia varios cuerpos de ménos importancia que jiran en torno suyo, formando otros tantos sistemas secundarios. De manera que el número definitivo de los astros componentes de una nebulosa, es casi imposible de calcular. De todo lo dicho resulta que una nebulosa puede definirse, diciendo que es una aglomeracion de sistemas estelares.

El espíritu se ofusca i detiene fatigado, si pretende formarse una idea siquiera remota de la extension que necesitan esos millones de mundos para describir sus variadas órbitas, sin encontrarse en su camino produciendo choques espantosos que sin

duda volverían el universo a los horrores del caos. Pero, la infinita sabiduría todo lo ha previsto, i los ha separado por distancias tales, que su conjunto ocupa un espacio de tamaño magnitud que no es posible explicar sirviéndose de los medios ordinarios de comparacion. La tierra, nadie lo ignora, es muy vasta; el sol es millon i medio de veces mayor. Sin embargo, el sol guarda con esa extension una proporción infinitamente inferior a la existente entre él mismo i un granito de polvo. Menester es formarnos una idea aproximada de ella. La distancia de la tierra al sol es de ciento cincuenta millones de quilómetros, distancia que apenas puede concebir nuestra mente. Pues bien, la estrella ménos distante, la que podemos considerar como nuestra vecina, está separada de la tierra por un espacio doscientas once mil veces mayor, es decir treinta i un billones, setecientos veinte mil, ochocientos noventa i seis millones de quilómetros.

Si queremos lanzarnos en las profundidades del espacio i desde la estrella mas cercana dirijirnos hácia los límites de nuestra nebulosa, el cálculo nos producirá cantidades con cuya comparacion las anteriores perderán toda su importancia, cantidades, en fin, tan monstruosas que para su expresion serian inútiles las medidas ordinarias. Por esto los astrónomos se han visto obligados a adoptar una de todo punto extraordinaria, la velocidad de la luz; rápido mensajero que recorre trescientos dos millones de metros en cada segundo de su jornada. Sin duda os imagináis que lo recibirán vuestros ojos algunos minutos despues de haber salido de un astro cualquiera. Si tal creéis, padeceis una lamentable equivocacion; la casi increíble rapidez de la luz necesita para hacer llegar hasta nosotros la imájen de la estrella mas próxima no ménos de tres años i algunos meses. Pero, ¿con qué objeto nos detenemos en cifras tan insignificantes, pues tenemos a nuestra disposicion el espacio entero i para recorrerlo un vehículo digno de su inmensidad, la imaginacion en alas de la luz? Las últimas estrellas visibles con los telescopios mas poderosos necesitan mas de dos mil setecientos años para enviarnos su luz. Todavía podemos avanzar algo mas; se ha calculado que un rayo luminoso emplearia quince mil años en atravesar la nebulosa de la Via Láctea en el sentido de su mayor lonjitud. No deben, pues, los hombres abrigar la esperanza de realizar ese viaje, por lo ménos, ántes de traspasar los umbrales de la eternidad. I no olvideis que la luz recorre trescientos dos millones de metros por segundo i sobre todo que, por muy largo que parezca el camino recorrido, no nos hemos apartado una pulgada de los límites de nuestra nebulosa. Solo Dios conoce la distancia de cada uno de los astros que componen los demas sistemas siderales.

El universo es un armonioso conjunto de sistemas semejantes a la nebulosa que acabamos de describir. Muchos de ellos se dejan entrever bajo la forma de delicadas nubecillas, apenas per-

ceptibles, diseminadas por las vastas soledades del espacio. No me cansaré de repetir que entre sistema i sistema, median distancias tan grandes que, expresadas en cifras, no presentarian ninguna idea tanjible a nuestra mente. Uno de ellos, el especial objeto de nuestro estudio, es el que contiene el sol, la luna, la tierra i todos los astros visibles desde ella.

La tierra no cuenta entre los elementos primarios de una nebulosa. No es estrella; i está subordinada a una de las ménos importantes, juntamente con otros varios cuerpos, cuya naturaleza explicaremos despues.

## II.

Explicada ya la constitucion jeneral del universo, i especialmente la de aquella parte que de un modo mas directo se relaciona con nosotros, es llegado el caso de convertir nuestra atencion hacia el exámen de los cuerpos comprendidos en su conjunto. Comenzaré por las estrellas, dando una rápida ojeada sobre su naturaleza, distancias, apariencias, movimiento i sus demas condiciones especiales; sin apartarme de los límites propios de un artículo destinado, no a los sabios ni a los que desean adquirir profundos conocimientos, sino a aquellos que prefieren adornar su memoria con nociones jenerales i consiguientemente superficiales.

Estrellas son los astros que brillan con luz propia; son otros tantos soles semejantes al que vemos todos los dias elevarse sobre el horizonte i disipar con sus ardientes rayos las tinieblas de la noche. Esta es la cualidad característica de las estrellas, la que las diferencia de todos los demas cuerpos celestes. Si brillan con luz propia, no prestada, sino emanada de ellas mismas ¿por qué desaparecen durante el dia? Si juzgamos por el testimonio de nuestros sentidos, negaremos su existencia durante ese tiempo, o bien diremos que son a manera de lámparas que álguien enciende durante la noche i nunca se olvida de apagar al despuntar las primeras claridades de la aurora. No es así, sin embargo; siempre hai estrellas sobre el horizonte, si bien durante el dia no son las mismas que vemos durante la noche, jamas apagan sus fuegos; ni el dia, ni la noche interrumpen su constante vijilar. Si las perdemos de vista durante algunas horas, culpa es del sol, ante cuyo poderoso resplandor enmudecen (permítaseme la metáfora) sus débiles fuegos, i solo cuando este ambicioso señor va a favorecer con su luz otras comarcas del globo, se acercan las tímidas estrellas para brillar dulcemente durante la ausencia del amo, i tornar a ocultarse amedrentadas a su próxima vuelta.

Su forma es la de una esfera mas o ménos perfecta. Su volúmen es millones de veces superior al de la tierra, i naturalmente debe de

haber grandes diferencias entre unas i otras, aunque se carece de los medios de determinarlo con alguna exactitud. La apariencia de puntos luminosos en que se ofrecen a nuestra vista, no es sino *el mentir de los cielos*; un error debido a la excesiva distancia que media entre ellas i la tierra. Error, por otra parte, mui natural; siendo el hombre inclinado por su propia naturaleza a juzgar segun el testimonio de sus sentidos, mas bien que por los dictados de su razon, le es sobremanera difícil admitir que aquellos pequeñísimos puntos sean esferas mayores que la tierra, cuya superficie es capaz de proporcionar alimento a tantos millones de séres de toda especie, desde el mismo rei de la creacion hasta la humilde oruga oculta entre la yerba. Sin embargo, tal es la verdad.

El hombre se asemeja a un mosquito posado sobre una reducida esfera, rodeado de otras muchas, iguales o mayores, pero, colocadas a distancia de quinientos, mil, dos mil metros. Contemplará lleno de admiracion las gigantescas dimensiones de aquella que lo sostiene, i apénas sí se dignará dirijir algunas miradas de vaga curiosidad hácia las otras que él juzga puntos cuasi imperceptibles. I si algun sabio i caritativo mosquito pretendiese sacarle de su ignorancia, dándole a conocer la verdadera naturaleza de aquellos puntos, sin duda que se dibujaria en su rostro una como irónica expresion de incredulidad, i talvez llegaria a creer, el inocente mosquito, que su compañero pretendia burlar su buena fé.

Si durante alguna hermosa i clara noche, una de esas noches en que el cielo se ostenta en todo su esplendor sin que el sombrío velo de las nubes oculte el fulgor de las estrellas, si os acontece estar dominados por el placer de no hacer nada, alzad la vista (si no es tanta la pereza que os lo impida) i contemplad con alguna atencion el hermoso espectáculo que hacía exclamar a Ciceron "*Quis est tam vecor, etc.?*" Al principio la bóveda celeste os parecerá inmóvil; pero, si continuais observando con cierta diligencia, notareis que se mueve mui lentamente, i como si toda ella formase un solo cuerpo, la mitad de una gran esfera. Fuera de este movimiento jeneral, no notareis en las estrellas ningun otro, las vereis arrastradas al mismo tiempo i en la misma direccion, de tal manera que siempre conservarán la misma posicion, las unas respecto de las otras. Direis entónces que están fijas. Pues bien, otra vez os han engañado los cielos; ninguna de ámbas apariencias corresponde a la realidad. El movimiento jeneral, uniforme que se advierte en la celeste bóveda no pasa de ser una ilusion de nuestros sentidos. La relativa inmovilidad de cada estrella es una engañosa apariencia. Cada una jira sobre sí misma i descubre ademas una órbita mas o ménos elíptica al rededor de un centro desconocido; órbita inmensa en sí misma, pero, pequeñísima respecto del espacio que média entre ella i las demas. La relativa pequeñez de sus órbitas es causa de que, miradas desde la tierra, conserven siempre la misma situacion respecto de

las demas. Resultado de ello es que, jamas podrá hacerse sensible para nosotros su movimiento; pues, como cada estrella no altera su posicion respecto de las demas, aun las mas inmediatas, carecemos totalmente de los términos de comparacion que hubiesen podido servirnos para reconocer directamente su movimiento.

Tampoco están suspendidas en las paredes de una inmensa esfera, cuyo centro estaria ocupado por la tierra, de tal manera que todas disten igualmente de ésta. Nó, no son las estrellas los puntos extremos de otros tantos radios de una misma esfera. Si se quiere unirlas a la tierra por medio de líneas, resultarian éstas de las dimensiones mas variadas que sea posible imaginar. La misma inmensidad de las distancias impide toda apreciacion de nuestra parte i la vista las confunde, de manera que parecen todas iguales.

Si mi palabra no es suficiente garantía, venga la elocuencia de las cifras en apoyo de mi aserto.

Ya os es conocida la distancia de nuestra vecina mas inmediata la estrella Alpha, perteneciente a la constelacion del Centauro.

Sirio, la mas brillante de las estrellas, está separada de nosotros por un espacio igual a un millon, trescientos setenta i cinco mil veces la distancia de la tierra al sol; es decir, que para llegar hasta ella seria necesario colocar un millon, trescientos setenta i cinco mil veces uno en pos de otro un espacio, cuya lonjitud fuese mas o ménos la de treinta i ocho millones de leguas, lo que expresado en quilómetros es igual a doscientos seis billones, setecientos doce mil millones.

Pero, los astrónomos han llegado a medir distancias todavía mayores. Hai una estrella llamada Cabra (no porque se asemeje a alguno de estos animalitos) que tanto se encumbró, que ha conseguido poner entre ella i nosotros una distancia igual a la que media entre la tierra i el sol repetida, cuatro millones, cuatrocientos ochenta i cuatro mil veces. De manera que no seria empresa fácil ni de corto tiempo el llegar hasta ella, a ménos que nos permitiese cabalgar uno de sus rayos de luz, i aun así nuestro viaje no seria mui corto, pues duraria setenta i dos años. I esto si no nos faltaban las provisiones, ni nos aconteciese encontrar algun obstáculo que nos obligase a retroceder. Suponiendo que el viaje fuese enteramente feliz, tendríamos que emprenderlo desde el momento mismo del nacimiento si deseáramos evitar el riesgo de morir ántes de alcanzar a la mitad del trayecto.

El número de estrellas visibles a la simple vista no pasa de seis mil. Pero si suplimos la deficiencia de nuestros sentidos mediante una sabia combinacion de cristales, el número aumenta extraordinariamente. Pues, como ya hemos dicho, se calcula que la nebulosa de la Via Láctea encierra mas de ochenta millones de estrellas que son otros tantos millones de soles, centros de igual número de sistemas secundarios.

Si se ha leído con atencion todo lo que llevamos dicho acerca

de la naturaleza propia de las estrellas, no negará el lector que pueden definirse exactamente diciendo que son astros aparentemente fijos que brillan con luz propia.

RAIMUNDO SALAS E.

(Concluirá.)

---

## PENSANDO EN MI MADRE.

---

(EN SU DÍA.)

“Memento quoniam nisi per illos natus non fuisses: et retribue illis, quomodo et illi tibi.” Eecl., VII, 30.

Acuérdate que no hubieras nacido sino por ellos; i correspóndeles del modo que ellos hicieron tambien por tí.

¡Ai! de aquel que no supo la ventura  
Que es tener una madre cariñosa,  
Consuelo en el dolor i en la amargura!  
¡Ai! del niño que en busca de una rosa  
Ve de su madre el nombre ya esculpido  
De algun sepulcro en la aterida losa!  
¡Ai! de aquel cuyo pecho no ha latido  
De una madre en el seno reclinado  
I solo jime en la horfandad sumido!  
¿Que hai para él en la tierra reservado?  
¡Ah! . . . . ¡respuesta cruél! . . . . tan solo el llanto  
En amargo silencio derramado . . . .  
Tan solo el lloro . . . . i el consuelo santo  
Que al padecer que en su redor se ajita  
Calme i mitigue su letal quebranto . . . .  
¡Pensamiento fatal, triste i luctuoso!  
¿Por qué turbais mi dicha en este dia,  
De amor i de placer presajio hermoso?  
¡Dulces recuerdos de la vida mia!  
¡Bella esperanza, porvenir brillante,  
A mi acento prestad vuestra armonía!

Ha amanecido ya: del sol radiante  
Resplandecen los rayos relucientes;  
¿Qué esperas, ¡oh, alma mia! para amante  
Al cielo alzar tus súplicas ardientes  
I de profunda gratitud el canto?  
¡Qué! ¿de vida animada no te sientes?  
¡Por tí mi amor i mi cariño es tanto!  
¡Virjen clemente! Tú que a un sér querido  
Con tu poder protejes i tu manto!  
¡Oh, Madre de las madres! con clemencia  
Permite que mi ruego te dirija:  
¡Ensancha de mi madre la existencia!  
¡Tú tambien fuiste MADRE, . . . . i fuistes HIJA!

Santiago, mayo 2 de 1875.

RAMON A. ARAYA ECHEVERRÍA.



## LEYENDA.



(DISTINGUIDA CON MENCIÓN HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Continuacion.)

Elena, que era valiente  
Para el caballo, al instante  
Trepó sobre él anhelante  
Por conocerlo mejor,  
I probar, a sus antojos,  
Si la fama que gozaba  
Su mérito se la daba,  
O se la daba el favor.

Cruzaban los tres paseantes  
Hermosos campos floridos,  
En mirar entretenidos  
El follaje encantador



De los árboles bañados  
Por los derrames del río,  
O por el fresco rocío  
Que la noche les brindó.

El corcel de doña Elena  
Gran contento demostraba,  
I con fuerza resoplaba,  
I relinchaba a la vez.  
Parecía que las brisas  
Que del interior venían  
En aquel potro encendían  
El valor i la altivez.

Don Diego, que por la caza  
Loca decision sentía,  
I que la fama tenía  
De cazador singular,  
Al cruzar por esos campos  
I al ver en alas del viento,  
En gracioso movimiento  
Las avecillas volar,

Prepara un fusil magnífico  
Que llevaba a sus espaldas,  
I de una altura en las faldas  
Hizo la caza mejor.  
Mai ¡ai! al sentir el tiro,  
Cual herido por la espuela,  
El corcel de Elena vuela  
De Arauco hácia el interior.

La jóven, llena de espanto,  
Las fuertes bridas sujeta,  
I con sus manos aprieta  
Las crines del animal.  
I al ver que el bruto no cede  
En su carrera maldita,  
A Ferrol i a Carlos grita:  
—“¡Socorredme, por piedad!”

El animal desbocado  
Mayores brios tomaba  
Con los clamores que daba  
Doña Elena sin cesar,  
I así bebiendo el espacio  
Mas veloz que raudas flechas,  
Por sobre zanjas o brechas  
Paso abría el animal.

Ferrol i Cárlos suspensos  
Por un instante se vieron,  
Mas, cuando el mal conocieron,  
Volaron de Elena en pos,  
I al ver que con su carrera  
Casi nada conseguian,  
Los hijares oprimian  
A sus caballos los dos.

Por fin, de correr cansados  
Los corceles se abatieron,  
I el sitio donde cayeron  
La tumba para ellos fué.  
Entónces los dos amigos  
Llorando tal desventura,  
Casi muertos de amargura  
Siguieron corriendo a pié....

---

Apagando del crepúsculo  
Las radiaciones postreras  
Extendió la dulce noche  
Su lindo manto de estrellas.  
I asomó por el oriente  
Tranquila la luna bella,  
Bordando de claras luces  
Del Ande las cimas rejias.  
Cimas holladas tan solo  
Por las rujientes tormentas,  
O por el condor que anida  
Entre colosales peñas!  
En tanto, gran sobresalto  
Reinaba en la fortaleza  
Nacido por la tardanza  
Del jefe que la gobierna.  
I en verdad que tal demora  
A gran inquietud se presta,  
I con eso ya la tropa  
Por los paseantes se inquieta.  
I en las salas i en las cuadras  
Que la palizada encierra,  
Cada cual hace a su modo  
Cien conjeturas diversas.  
Mas, la noche iba, entretanto,  
Avanzando con presteza,  
I a nadie, a nadie, anunciaba  
La voz de los centinelas.  
Al ver esto, un militar

Se expresó de esta manera:  
“Compañeros, con justicia  
La tardanza nos inquieta  
De nuestro querido jefe.  
Aventurar no quisiera  
Mi opinion en tal asunto,  
Pero temo, i mui de veras,  
Que a nuestro jefe los indios  
Hayan lanceado en la selva.  
Así, pues, de entre vosotros,  
Nobles hijos de la guerra,  
Invito solo a unos veinte  
Para volar en defensa  
De don Carlos, i mostrar,  
Con brio i con jentileza,  
A esas tribus de salvajes  
Que basta media docena  
De valientes para arrearlos  
Como a rebaños de ovejas.”

Salieron, pues, los soldados  
De la estrecha fortaleza,  
Dispuestos a morir todos  
De Gonzalo en la defensa.  
Caminaron todo el resto  
De la noche, mas, apénas  
El alba destrozó el velo  
De las plateadas estrellas,  
Divisaron, casi a un tiempo,  
Perdidos entre las selvas,  
I bajando como locos  
En direcciones diversas,  
A don Carlos de Gonzalo  
I al fiel esposo de Elena.  
Cuando los veinte soldados  
Supieron la suerte de ésta,  
A sus valientes corceles  
Casi todos dieron rienda.  
I ocuparon largas horas  
En recorrer por do quiera  
Los bosques i las llanuras  
I las apartadas selvas,  
Sin conseguir, por desgracia,  
Hallar un rastro siquiera  
Que indicara mas o ménos  
El paradero de Elena.  
Desconsolados volvieron  
Despues a la fortaleza,

I allí Ferrol i don Cárlos  
Hicieron grandes promesas  
De dinero, a la persona  
Que alguna noticia diera  
De la suerte o paradero  
De la desgraciada Elena.  
Pero nadie, nadie, pudo  
De la jóven darse cuenta,  
Ni ganar, por consiguiente,  
El galardón de la oferta.

¡Oh! cuán cierto es ¡ah! ¡cuán cierto  
Que una desgracia cualquiera  
Es el anuncio fatal  
De otras tantas que se esperan!  
I esto viene a relacion  
Por qué al mes cumplido apénas,  
Despues del fatal suceso  
Del cual, lector, ya dí cuenta,  
El viejo don Juan herido  
Por la pérdida de Elena,  
Despues de legar sus bienes  
A Matilde, única nieta  
Que tenia i que adoraba  
Con idolatría ciega,  
Encomendó al cielo su alma,  
I el cuerpo legó a la tierra.  
Con este doble pesar,  
Don Diego abrigó la idea  
De alejarse del lugar  
Testigo de sus dolencias.  
I fué por esta razon  
Que fijó su residencia  
En Nueva York, primer puerto  
De los Estados de América.

ROSENDO CARRASCO.

(Continuará.)



## LA FERIA DE LAS VANIDADES.

(CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA.)

(Conclusion.)

Tolere el paciente lector que me detenga algun tiempo mas en el artículo que al señor Bello i su Gramática don Sandalio Letelier consagra. Hai todavía lindezas que exhibir i gazafatones mayores de marca que censurar.

En el quinto párrafo de su artículo, el señor Letelier, que es profesor de Gramática Castellana en el Instituto, se expresa así:

“Cada una de sus producciones científicas i literarias (las de Bello) lleva el sello del estudio; *i asombra en verdad el examinar en sus menores detalles todo lo que se encuentra de ciencia, de filosofía en cada materia de las que caen bajo su observacion.*”

No hai, por cierto, gran elojio para Bello en eso de decir que cada una de sus producciones “lleva el sello del estudio.” De muchas producciones puede aseverarse idéntica cosa sin que ellas valgan el papel que se ha gastado en escribirlas. Méenos todavía vale la frase que dejo en *bastardilla* i que habria redactado mejor un pincipiante.

Sigo adelante i leo: “Sin ninguna forma para los casos, el nombre castellano *habia seguido declinándose* con los seis de la lengua latina;” frase incorrecta i anfibolójica.

Llega por fin un momento en que el señor Letelier recuerda que tiene que dar a conocer la Gramática de Bello i hace un esfuerzo para conseguirlo. Dice de la manera siguiente:

“Tomando por base (el señor Bello) de la clasificacion de las palabras en partes de la oracion la única posible, a saber, el oficio que ellas desempeñan en la frase, abandonó la clasificacion antigua en que el oficio, la forma i la significacion constituian una amalgama confusa para dicha clasificacion: *los artículos i pronombres* fueron incluidos en sus clases naturales por el oficio que desempeñan; *su significacion fué precisada* sin que ello influyera en su colocacion al lado de las que tienen el mismo valor sintético en la frase. De la misma manera los derivados verbales toman bajo su pluma el lugar que les corresponde por su oficio ordinario, sin dejar el carácter que les conviene por su construccion.”

Principio por apuntar que la frase *su significacion fué precisada* es galicismo de tomo i lomo, que en castellano se dice *su significacion fué especificada, presentada con precision*, etc.; i agrego que el señor Letelier no se muestra mui justo ni mui concedor de las leyes i principios gramaticales en lo que dejo transcrito. No se expresa siquiera con la claridad i el método propios de un profesor. Así, habla de la division de las palabras en partes de la oracion i a renglon seguido trata de los titulados *artículos* i *pronombres*. ¿Son éstos tambien partes de la oracion? El señor Bello no enseña tal disparate. Uno i otro son apénas denominaciones particulares del nombre.

Era éste un lugar oportuno para que el señor Letelier hubiese entrado en mayores desenvolvimientos explicando la teoría seguida i enseñada por Bello en la clasificacion de las palabras. Para clasificarlas, dice el señor Letelier, tomó por base el oficio “que ellas desempeñan en la frase” i declara de paso que esta es la única base posible.—Vamos por partes.

El señor Bello dice que sustantivo es “una palabra que puede servir de sujeto.” Atiende, pues, al oficio que esta palabra desempeña en el discurso; i atendiendo a esto i solamente a esto, da una mala definicion, porque todas las partes de la oracion i aun proposiciones enteras pueden servir de sujetos. Así en las frases *Bueno i malo son adjetivos, Mientras es adverbio, De es preposicion*, tenemos dos adjetivos, un adverbio i una preposicion que sirven de sujetos. ¿Cómo se asegura, entónces, que esta nueva clasificacion facilita la enseñanza? Aquí sí que hai una amalgama confusa de palabras que desempeñan un mismo oficio i que deberian ser, por tanto, sustantivos.

Habla en su Gramática el señor Bello de una clase especial de adjetivos que llama *artículos*, que no define, que nadie hasta ahora ha definido con exactitud i que el señor Bello divide en *definido* e *indefinido* sin que haya, a mi juicio, razon filosófica que apoye tal division. ¿Podria darla el señor Letelier? ¿La ha dado a sus alumnos?

El párrafo en que me ocupo es oscuro, verdaderamente alambicado. Yo no descubro qué se ha querido decir con él. Bajo la pluma del señor Bello, segun se afirma, “los derivados verbales toman el lugar que les corresponde por su oficio ordinario, sin dejar el carácter verbal que les conviene por su construccion.” Repito que no lo entiendo. Las palabras de que se trata tienen carácter verbal por lo mismo que se derivan del verbo, i no por su construccion. ¿Cuál es el oficio ordinario de los derivados verbales? Modificar a un verbo o formar con él tiempos compuestos: en otros términos, *construirse* con el verbo. Esto es todo. Así, el derivado verbal tomará el lugar que le corresponde, no solo bajo la pluma del señor Bello, sino bajo la de cualquiera que conozca regularmente el castellano, si bien puede tomar otro bajo la del señor Letelier.

Debió siquiera decirse, en el artículo que me ocupa, algo sobre la manera cómo el señor Bello define los derivados verbales, puesto que en este punto se separa de la enseñanza de la jeneralidad de los gramáticos.

Llamo derivados verbales, dice el señor Bello, ciertas especies de nombres i de adverbios que se derivan *inmediatamente* de algun verbo, i que le imitan en el modo de construirse con otras palabras.

La anterior definicion da a conocer las innovaciones introducidas en esta parte de la Gramática por el señor Bello. Una palabra no es *derivado verbal*, si no se deriva *inmediatamente* del verbo i si no le imita en sus construcciones, esto es, si no puede llevar sujeto, afijos o enclíticos i complementos directos o indirectos. ¿Por qué ésta restriccion? El título mismo aplicado a esas especies de nombres o adverbios la condena, puesto que el título no exige ni derivacion inmediata ni imitacion en las construcciones. Tan derivado verbal es *amante* como *amar*, *amando* i *amado*. El señor Letelier no lo cree así, sin duda, i debió dar las razones en que apoya su doctrina. Era este el único camino expedito i lójico para dar a conocer el libro majistral del señor Bello.

---

El estudio hecho por el señor Bello en el capítulo que trata de la clasificacion de las proposiciones es, a juicio del señor Letelier, *lo mas completo que tenemos sobre la materia*. El señor Letelier agrega:

“*El verbo que no admite sujeto gramatical expreso i que no lo lleva tampoco subentendido, porque la lengua no permite expresarlo, ese es impersonal i hé aquí la idea justa i verdadera de esta clase de verbos.*”

Paréceme, por el contrario, que la idea que el señor Letelier da sobre el verbo impersonal es completamente errónea. No hai en nuestra lengua verbo alguno que no lleve sujeto gramatical expreso ni tampoco subentendido. Pocas palabras bastarán para demostrarlo.

Llama el señor Bello *proposicion* la reunion de *sujeto* i *atributo*. *Sujeto* es el objeto de un juicio i *atributo* lo que se juzga o dice del sujeto. Estas son nociones elementales que aprende el estudiante en el primer año de estudio de la gramática. Ahora bien i en vista de las anteriores definiciones, es evidente que no puede haber proposicion sin sujeto, permita o nó el idioma que dicho sujeto pueda expresarse. En *llueve*, *truena*, *se canta en la casa vecina*, etc., hai siempre un ajente que produce el canto, el trueno, la lluvia i ese ajente es el sujeto.

Decir que una *proposicion* carece de sujeto gramatical o lójico es tan absurdo como decir que carece de atributo. Atributo i sujeto son dos partes esenciales de la *proposicion* o dígase de la *oracion*. Para enseñar lo contrario se necesitaria atender solo a

la parte mecánica, por decirlo así, a lo material de la frase. La evidencia de esta verdad no pudo ocultarse al señor Bello i por eso definió la *proposicion irregular* diciendo que “es la que carece de sujeto, no solo porque no lo lleva expreso, sino porque *segun el uso de la lengua* o no puede tenerlo o regularmente no lo tiene: *Hubo fiestas; llueve a cántaros.*” I mas adelante dice que hai en los verbos impersonales como “*amanecer, tronar, llover, etc.*,” un sujeto envuelto, siempre uno mismo, es a saber: *el tiempo, la atmósfera, Dios, u otro semejante.*”

Penetrando en la historia del lenguaje, en sus orígenes, se ve con entera evidencia la verdad de lo que vengo sosteniendo. Tómese la frase *Hubo fiestas*, recuérdese que el verbo *haber* tuvo el significado de *tener* i se comprenderá que *Hubo fiestas en tal pueblo* vale tanto como *Tal pueblo tuvo fiestas*: el sujeto de la construccion antigua ha pasado a ser complemento de la construccion moderna; por eso se dice que ésta carece de sujeto, no porque realmente no lo tenga ni se ofrezca a la intelijencia, sino pura i simplemente porque la índole del idioma no permite expresarlo. (Puede consultarse a este respecto la gramática de Salvá, en la nota D. Allí se demuestra con toda claridad lo que aquí apunto a la lijera).

---

Necesito abreviar en lo posible estas observaciones i voi a concluir lo relativo al señor Letelier despues de agregar algunas palabras mas.

El pequeño artículo del señor Letelier carece hasta de método en la disposicion de sus partes. Da una suscita idea de lo que el señor Bello enseña en lo tocante al jénero de los nombres i después de confesar que le seria imposible examinar toda la novedad i la elevacion de ideas que hai en el libro que es objeto de su estudio, deja el cuerpo de la Gramática analítica i pasa a tratar de la Ortolojía i Métrica, otro libro del señor Bello. Dedícale cuatro o cinco párrafos, i dice en seguida, textualmente: “Tal es el libro titulado *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos, por don Andrés Bello*. Pero, hombre de Dios ¿cómo olvida Ud. que estaba hablando de la Métrica i la Ortolojía? I si todavía tenia algo que agregar sobre la gramática ¿por qué no dejó para el último lugar la Ortolojía?”

A no dudarlo, el señor Letelier es poco feliz para redactar artículos literarios. No ha nacido con vocacion para ello por mas que la tenga decidida para ser profesor del ramo mas difícil de las humanidades.

El señor Letelier dice que el del señor Bello era un espíritu *concienzudo*, olvidando que el significado clásico i jenuino de este vocablo lo hace aplicable a la persona de estrecha conciencia, que hace escrúpulo de cosas impertinentes. Esto, a lo ménos, es lo que enseña el Diccionario de la lengua.

Mas adelante dice: “En cuanto al plan de la obra i a su ejecu-



cion como texto de enseñanza. . . .” ¡Galicismo atroz, señor Letelier! Eso de *ejecucion* por *desempeño* no es tolerable ni en boca de los camasquines i galiparlistas de menor cuantía ¡cuánto ménos lo será en la pluma de un profesor! ¡I cuenta que la misma frase la usa en el párrafo penúltimo de su rápido estudio! (1)

Hasta ahora, supongo que nadie habrá sido tan perspicaz que sospechara que bajo la capa del señor don Anjel Custodio Gallo se ocultase nada ménos que un filósofo. I, sin embargo, hai un filósofo bajo esa capa, por lo ménos a juicio del señor Gallo, quien estudia en tal aspecto a don Andrés Bello.

Pero su estudio es tan ramplon i de tan escaso mérito que ei merece que me detenga a examinarlo. Uds. calcularán de su mérito con solo unas pequeñas muestras.

“Otros escritores *mas levantados*. . . .” dice el señor Gallo i dice pésimamente. Las incorrecciones abundan i para que el artículo sea digno del libro, la filosofía de don Andrés Bello huye de los puntos de la pluma del señor Gallo, quien demuestra no conocerla ni de nombre. Si la ha leído, poco le ha aprovechado la lectura. En ese estudio se limita a darnos el índice de las materias que la filosofía trata. Todo lo demas es vago, incoherente. Con perdon del señor Gallo, declaro que verle escribir sobre filosofía me produce el mismo efecto que ver rumiar a un buei, para usar la comparacion de un moralista frances.

No me ocuparé en un estudio sobre la erudicion de don Andrés Bello escrito por don Diego Bárros Arana. Conciso, trazado con la sencillez característica de su autor, ese artículo es de lo mejor que hai en la infeliz *Suscripcion*.

Apresúrome a tratar del artículo mas notable, aunque no el mejor escrito, ni el mejor pensado, ni el que mejor impresion produce en el lector. Me refiero al que lleva por título: *Recuerdos del maestro* i esta firma al pié: J. V. Lastarria.

Ese artículo es como todo lo que sale de la pluma del autor: brilla en primera línea el *yo* i en la manera del presuntuoso que decia: “Yo i Chateaubriand,” de cada una de las líneas por el señor Lastarria trazadas, parece brotar esta frase: yo i el maestro.

Examínese detenidamente ese cuadro i júzguese después con entera imparcialidad: ¿no es cierto que en el primer término se presenta la figura del autor, i allá, relegada a segundo término, como envuelto en espesa neblina, la pálida figura del maestro? Así, habla extensamente de sus trabajos en la enseñanza i no pierde la oportunidad de tributarse algunos elojios a propósito de su memoria histórica presentada a la Universidad en 1844,

(1) Todos los artículos de la *Suscripcion* están salpicados de incorrecciones e impropiedades. Allí brillan palabras como *prestijio*, *prestijiando*, etc. Casi no hai página en que yo no haya hecho una acotacion señalando defectos de lenguaje. ¡I esto en un libro dedicado a la memoria de Bello!

lanzando de paso un reproche al señor V. Mackenna por haber elevado en la Alameda de Santiago un monumento a los *Fundadores de la Historia Nacional*. ¡Injusticias humanas! Entre los nombres de esos fundadores no aparece el señor Lastarria, que “trazó, con aprobacion del maestro, una introduccion filosófica al estudio de nuestra historia nacional.” Como se ve, la injusticia del señor V. Mackenna es imperdonable, i el señor Lastarria tácitamente la reconoce i lo da a entender en su lamentacion.

El artículo del señor Lastarria es digno de ser leído i meditado por las enseñanzas que contiene i porque pone una vez mas de relieve la vanidad literaria del autor, que aprovecha de toda coyuntura para quemarse un puñado de incienso. Quien lo ha escrito es indudablemente él mismo que en pleno Congreso Nacional tuvo la avilantez de exclamar lleno de orgullo: “Tengo talento i lo luzco.”—Bueno será pedir coronas de siempreviva para estos rasgos de sin igual modestia.

I aquí es oportuno preguntar por qué han sido colocados entre los discípulos de Bello personas que nada o mui poco tienen de tales. ¿Porque escucharon las lecciones del maestro? ¿Porque se sentaron en los bancos de la clase en que él enseñó? ¿En qué sentido puede llamarse el señor Lastarria un discípulo del gran maestro? Ni sigue la escuela literaria a que éste perteneció, ni la escuela histórica, ni siquiera la política. Bello es clásico cualquiera que sea el aspecto en que se le mire, castizo i correcto como pocos: el señor Lastarria descuida la forma hasta el punto de incurrir en feos incorrecciones de palabras i jiros. Bello nunca fué un liberal de la escuela del señor Lastarria i por este lado, ántes que de Bello, el señor Lastarria fué discípulo de Mora.

No deja de ser orijinal lo que a este respecto sucede. Hánse apoderado de la memoria del sabio americano caballeros de cierta escuela literaria i política que jamás fué simpática para Bello, que nunca aprobó este literato insigne. En la obra de la Academia de Bellas Letras figuran nombres que Bello no habria querido prohiar i escritores que habria repudiado como discípulos.

El eminente americano cuya memoria se trata de ensalzar fué, ante todo, un espíritu esencialmente relijioso, fué un católico sincero i convencido. En los últimos años de su vida se hacía conducir a la iglesia para cumplir sus deberes de creyente. Daba así un noble i elevado ejemplo, i uno no podia sino mirar con respeto a aquel anciano venerable que, ya en la tarde de su laboriosa vida, se sentia todavía fuerte para elevar su alma a Dios en alas de fervorosa oracion.

I, no obstante, ninguno de los escritores de la *Suscripcion* recuerda o estudia este nobilísimo aspecto de la vida del grande hombre. Se guarda absoluto silencio i, por otra parte, se prepara para sus sienes una corona . . . roja, corona que el noble anciano, si se la hubiesen ofrecido en vida, habria rechazado con justa i noble indignacion. Yo espero que hoi mismo la rechacen

tambien los deudos de aquel americano insigne, los que fueron testigos cercanos del espíritu esencialmente católico de que dió pruebas durante toda su vida. Como lo ha dicho un célebre escritor, hai reproches que son una alabanza i aplausos que son una maldicion. ¡Ah! los que se honran llamándose discípulos del inmortal maestro no debieron olvidarlo i debieron consagrar siquiera una pájina a este nobilísimo aspecto de la vida del maestro!

Semejante al artículo en que me ocupo, es el del señor don Demetrio Lastarria, titulado: *Idea sobre nuestra literatura histórica*. El hijo prepara cuidadosamente la oportunidad de alabar al padre, da una idea del sistema histórico de éste, disculpa el poco éxito que tuvo la memoria *Investigacion sobre la influencia social de la conquista*, etc., memoria que “no estaba llamada a formar escuela por el momento en que vió la luz,” i miéntras condena la manera de escribir la historia de los señores Amunátegui, V. Mackenna, Barros, etc., se inclina visiblemente a aplaudir la manera del señor Lastarria. Dejémosle gozándose en este inocente placer. ¿Por qué quitárselo? Crueldad inaudita seria negarle el derecho de manifestar que conserva vivo el fuego de su amor filial.

La primera parte del libro termina con un soneto dedicado a Bello i escrito por don F. L. Astaburuaga. Voi a darne el placer de transcribirlo para que el lector juzgue con total conocimiento de causa. Dice así:

“Su vívido calor i luz derrama  
El fecundante Sol sobre la tierra,  
I de ella ufano su calor destierra,  
Vida ardiente infundiendo *en polvo i rama*.”

“Aromas i armonías *desparrama*  
El ya animado espíritu *que encierra*,  
I esplendente a la vez en valle i sierra  
Por todas partes bienhechor le aclama.

“Así de BELLO la ilustrada mente  
Rayos flagrantes de saber i ciencia  
Difundió en la chilena intelijencia. . . .

“¡Qué ella ciña coronas a su frente!  
Que conserve del sabio preminente  
Su memoria *en amor i reverencia!*”

Nótese desde luego la pobreza de rima de los dos cuartetos: *derrama, rama, desparrama; tierra, destierra, encierra, sierra*. Gravísimo defecto es ya por sí solo éste.

El soneto carece de inspiracion. No hai nn solo pensamiento elevado, ni un solo rasgo atrevido: todo es prosa en rengloncitos cortos, prosa mal rimada e incorrecta.

El sentido es oscuro. Pongamos en su orden natural los dos cuartetos:

— “El fecundante sol derrama su vívido calor i luz sobre la tierra i ufano destierra de ella la inaccion, infundiendo vida ardiente *en polvo i rama*.

— “El ya animado espíritu que encierra desparrama aromas i armonías i le aclama bienhechor por todas partes, esplendente a la vez en valle i sierra.”

Ateme Ud. ahora esos cabos. Figura como sujeto en el primer período el sol. ¿Cuál es el sujeto del segundo? El animado espíritu que la tierra encierra i que desparrama aromas i armonías, etc.

Este cambio de sujetos en una composicion como la de que se trata es gravísimo defecto; no lo es ménos el decir que el sol infunde vida *en polvo i rama* (¡vida en polvo!). ¿Quién aclama bienhechor a quién? ¿Quién es *esplendente* en valle i sierra? Hai que adivinarlo. El alambicamiento no puede ser mas endemoniado.

Decir que Bello *difundió rayos flagrantes* en la *chilena intelijencia* me parece un desatino mayúsculo, que se ve pequeño, no obstante, si se le compara con este otro: ¡Que la chilena intelijencia conserve *del sabio preminente su memoria* EN amor i reverencia! El poeta debió decir *con amor*, que no por ser poeta tiene carta blanca para decir disparates.

Tal es el soneto o *la soneta* con que se da remate a la primera parte del libro. La versificacion es mala, pobre es la rima i no hai rastros siquiera de que alguna vez haya pasado la inspiracion por los puntos de la pluma que lo trazó.

Pero es preciso no olvidar la justicia i la justicia me impulsa a declarar que no son mucho mejores que el soneto otras composiciones en verso que el libro contiene. Una pertenece a don Guillermo Matta i daré muestras de ella:

Lejislador, filósofo, poeta!  
*Pudo esta triple gloria*  
*Con sus uñas roer la envidia inquieta.*  
Hoi la severa, la imparcial historia  
Al grande hombre respeta  
*Postra impotente a la vulgar perfidia*  
I su garra *procaz* corta a la envidia,

donde se nota la mala construccion que oscurece el sentido de los versos segundo i tercero, i se nota asimismo un cúmulo de muletas i ripios desvergonzados. ¿Por qué llamar *inquieta* a la envidia, *vulgar* a la perfidia, *procaz* a la garra de la envidia? ¿A quién o a qué se refiere el adjetivo *impotente*? Respetando al grande hombre, no hace gran cosa la historia: yo tambien respeto a los grandes hombres. No es tampoco propio de la historia imparcial i severa que se ocupe en cortar uñas procaces i postrar

vulgares perfidias. En eso no hai nada de severidad i ménos hai poesía.

Sigue el poeta:

Las pasiones coléricas no estallan  
I el ladrido siniestro  
Ante su tumba callan:  
En la noble figura del maestro  
El aspecto del sabio todos hallan!  
Muerte, bendita seas!

.....  
Los nombres inmortales, tú los creas!

Mentira i siga. La muerte no crea nada. ¿Creó acaso al nombre inmortal de Erostrato? Los nombres son inmortales gracias a las obras realizadas en vida por el que los llevó. Esta es la verdad expresada en pura prosa.

Convengo en que no estallen las pasiones *coléricas*. ¿Estallan las que no son *coléricas*? ¿I qué pasiones son esas? El poeta guarda silencio. El silencio es oro, para hablar a la francesa.

Demás que no estallan las pasiones *coléricas*, *callan el ladrido siniestro ante su tumba*.

No está de mas otra leccion de gramática: *callar* es neutro i no puede, por consiguiente, llevar acusativo. El señor Matta pudo decir: *calla el ladrido*; pero al señor Matta le gusta hablar a su manera. El ha dicho en otra composicion *crecer alas*. En la frase *ante su tumba el su* parece referirse a *las pasiones*: debe referirse, sin embargo, a Bello. Me parece orijinal eso de que en "la figura del maestro hallan todos el aspecto del sabio." ¿Por qué no la figura del sabio? El poeta se lo sabe.

Otra composicion en verso se titula *El soneto hablador* i la firma don Daniel Barros Grez. Mala es la composicion como es poco claro su título.

Hé aquí unos pocos ejemplos:

*De un ciego amor propio señor vate  
Que lo hará encontrar bueno lo que es malo,*

donde hai un verso con diez sílabas, el primero, i otro descoyuntado.

¿I he de sufrir sus insultos  
Tan así no mas? No tal.  
*No soi de los que me chupo  
El dedo.....*

Aquí hai un barbarismo enorme, colosal, mas grande que el cerro de San Cristóbal. El verso copiado en bastardilla, reducido a su mas clara expresion, dice esto: *No soi de aquellos que (los cuales) me chupo*. Así se degüella a la gramática. ¡Hacer concordar un sujeto de tercera persona de plural con un verbo en pri-

mera persona de singular es desatino que yo solo habia visto en el señor Matta (don Manuel A.), lo digo con el debido respeto!

.... Con ademan cruel i brusco  
Logré salir un soneto  
*I no de los mas zurdos.*

Al último verso le falta una sílaba: tiene solo siete i forma parte de un romance octosílabo. El señor Bárros Grez mide sus versos con palitos. Ello depende sin duda de que el señor Bárros Grez es ingeniero.

Lo que le dije no ha mucho:  
Ud. no me quemará....  
—Pues *de quemarte renuncio*

En español se dice: *renuncio a quemarte*, señor Grez, i no *de quemarte*.

Puedo citar todavía otros ejemplos, pero voi de prisa i me limito a dejar constancia de que la composicion del señor Bárros Grez fué mui aplaudida en la Academia. ¡Buena pró!

Una última composicion poética tiene la *Suscripcion*. Dedicada a la memoria de don Andrés Bello, es debida a la pluma de don Eduardo de la Barra. Hé aquí sus primeros versos:

Cóndor audaz del Andes de la ciencia,  
Tú, que *del alta cumbre*  
Del sol de la verdad la *clara cumbre*  
*Pudiste* contemplar: tú, que su esencia  
*Fuiste* a beber en la divina fuente,  
Cuando el pujante vuelo  
Vigoroso *tendias*,  
Al tenebroso suelo  
Sin un rayo de luz nunca *volvias!*  
Pero tu hora ha sonado  
I, para no volver, *te has sublimado!*

Nótese desde luego el uso promíscuo que se hace de los tiempos verbales i fíjese despues la atencion en la abundancia de adetivos ociosos que hai en esos once versos, donde no faltan otras licencias como *del* por *desde el* o *desde la*. No he podido saber qué signifique la frase “tú que su esencia (la del sol de la verdad) fuiste a beber en la divina fuente.” ¿A qué se refiere el poeta? No se puede dar una respuesta segura.

Me gusta poco que se diga de Bello que *se ha sublimado*, porque ha muerto. Talvez será mal gusto mio o ignorancia; pero aquella es la verdad.

En esas estrofas que, segun el autor lo advierte, estaban destinadas a ser leidas en la tumba de Bello el dia de su entierro, vienen los siguientes versos:



Ante el débil despojo  
De lo que grande ha sido,  
Por la muerte en arcilla convertido,  
De dudas el espíritu se puebla! . . . .  
¿Rompe la tumba tan confusa niebla?  
¿Qué eres, fugaz meteoro? (1)  
Qué es la que en pos dejaste,  
Brillante estrella de oro?  
Dónde ha tendido el vuelo  
El alma intelijene?  
Qué hai mas allá del trasparente cielo?  
Qué nos oculta *ese futuro Oriente?*

¡Hermosa manera por cierto de ir a llorar al borde de la tumba de un creyente sincero i fervoroso católico! I, sin embargo, el señor de la Barra cree en un Dios eterno i poderoso!

Alejandro Dumas, llorando en la tumba de Lamartine, *plajió* los versos del señor de la Barra i puso en prosa francesa las ideas en esos versos contenidas. Dumas decia:

“El hombre baja a la tumba entre dos imposibilidades.—Una física: la *inmortalidad* del alma, otra imposibilidad moral: la *nada*.

“¿Hacia quién o dónde tender las manos? Hacia Dios? La razon pregunta: ¿En dónde está Dios?

“¿Hacia el cielo? La ciencia dice que no hai cielo.”

Dumas i el señor de la Barra han coincidido en pensamientos. Los jenios se tocan. Solo que Dumas, aunque habla en prosa, supo dar una forma animada i dramática a su blasfemia.

Nó; el señor Bello sabia bien que la muerte es la solucion de un problema, el umbral que da paso a una nueva vida. Jamás le abandonó la luz de la fé i los versos flojos del señor de la Barra le habrian ofendido.

Note el lector que en la primera estrofa el señor de la Barra declara que, muriendo el señor Bello se ha sublimado; no obstante, aparenta no saber a dónde ha ido *el alma intelijente*.

Peores i mas inconducentes son los artículos que ocupan las páginas restantes de la *Suscripcion*. Nada tienen que ver con la vida de don Andrés Bello i es seguro que la Academia de Bellas Letras los publicó porque le faltaba material para hacer un libro de regular tamaño, mezclando el grano i la paja picada. Los escritos de Hóstos, Zubiria, König, Moncayo, Dávila Larrain, etc., allí incluidos, son tan propios del lugar que ocupan como lo serian los de Perico de los palotes o cualquier Juan Lanas que tuviese la dicha de ser miembro de la Academia. No sirven a otro

(1) Pues me parece orijinal la pregunta. Si sabe el poeta que es *fugaz meteoro* ¿a qué preguntarle: ¿qué eres? Lo mismo puede observarse a las demás preguntas.

objeto que al de hacer aparecer en letras de molde nombres que carecen de toda notoriedad literaria. Escribe sobre García Moreno el señor Moncayo i remata su trabajo con esta sandez estu- penda:

“García Moreno ha idiotizado a su patria, donde no hai mas que *una sola voz, un solo pensamiento, una sola voluntad: El hacha del verdugo.*”

Decir que el hacha del verdugo es voz, pensamiento i voluntad me parece el disparate de los disparates, intolerable aun en la pluma del señor Moncayo, que es cuanto puede decirse.

Recórranse los diversos artículos que el libro de la Academia contiene i ciego será quien no confiese que todo aquel conjunto indijesto e informe está mui léjos de merecer la proteccion que ha salido a solicitar por esas calles. Nuestras reputaciones lite- rarias forman allí la excepcion: casi todo el libro lo ocupan vani- dosas nulidades para quienes no hai dicha mas grande que exhi- birse en público, siquiera sea a riesgo de provocar la burla de las jentes sensatas. El libro de la Academia, cualquiera que sea el lado por el cual se lo mire, es una mal combinada *feria de vanidades*, a cuál mas finchada i de mas escaso mérito. Es un libro indigno del hombre cuya memoria se ha querido con él en- salzar.

Después de leerlo i acotar los pasajes mas importantes; des- pués de recorrer una série de artículos pésimamente meditados i con harta infelicidad escritos; después de convencerme de su poco valia, su falta de plan, su pobreza de forma i de fondo; i ver la manera como se le lanza (apadrinado por una veintena de nombres entre los cuales hai muchos que no habrian perjudicado al libro desapareciendo completamente de sus páginas) a desa- fiar el juicio del público, he adquirido la profunda conviccion de que los editores habrian obrado perfectamente poniendo como epígrafe en la primera página de la *Suscripcion* las palabras que se pusieron como epitafio en la tumba de un príncipe de la Igle- sia española: *¡Polvo, ceniza i nada!*

RÓMULO MANDIOLA.

